Una particular forma de violencia en el proceder analítico *

*Sara P. de Berenstein
Pablo Grinfeld*

“... analista y paciente no son sólo analista y paciente, también son individuos con sistemas de valores altamente integrados, y en gran medida inmodificables, y la actitud de uno hacia el otro expresa no sólo la transferencia y la contratransferencia sino puntos de vista egosintónicos y firmemente basados en la reflexión. Una teoría de la técnica que pase por alto la enorme influencia de los sistemas de valores del paciente y el analista en la transacción psicoanalítica, también estará pasando por alto una realidad psíquica básica de toda relación psicoanalítica.”

Klauber (1981), pág. 166

“... tampoco... poner al psicoanálisis al servicio de una determinada cosmovisión filosófica e imponérsela al paciente con el fin de ennoblecerlo. Me atrevería a decir que sería un acto de violencia, por más que se invoque los más nobles propósitos.”

Freud (1919 [1918]), pág. 161

Como psicoanalistas estamos inmersos en una praxis (terapéutica) y en el ejercicio de una técnica, pero somos también receptivos a los cambios culturales y a las ideas que, en el umbral del milenio, cuestionan la supuesta neutralidad de las ciencias.

* Este trabajo, en versión algo reducida, fue leído y discutido en la Conferencia Internacional “En el umbral del milenio”, tema violencia, disciplina psicoanálisis, Lima, abril de 1998.

Hoy nos toca vivir una época turbulenta, en la cual cunde el desconcierto, que afecta también al psicoanálisis. Hay grandes problemas, que tienen su origen en causas diversas, sobre todo en una sociedad que cambia, con valores distintos, o con pérdida de los mismos, como sostiene el posmodernismo (Lyotard, 1979, Lipovetsky, 1983), sociedad cuya configuración futura no podemos predecir.

Luces nuevas y penetrantes escrutan todas las manifestaciones de la cultura, sometiéndolas a un análisis minucioso, estricto, poniendo al descubierto sus estructuras e intersticios. Mencionamos la moderna epistemología, la deconstrucción de J. Derrida (1987)¹, el relativismo cultural. Entonces las disciplinas ya no resultan tan neutras y puras, como pretendían. Quedan en la superficie sus aspectos ideológicos, la sociología de la cultura, sus intereses políticos. Las verdades de sus paradigmas dependen de un determinado consenso, como nos lo ha enseñado Th. Kuhn (1962).

Las ciencias sociales se inclinan a ver en los agentes humanos seres racionales y autónomos, siendo mérito del psicoanálisis demostrar que ello no es así, y sus descubrimientos no pueden ser desconocidos. Pero tampoco –en lo que, apelando a Foucault (1982), ponemos énfasis– la teoría psicoanalítica puede desconocer que algunas formas de la ideología y de las relaciones de poder son constituyentes en la formación misma del sujeto. Un ejemplo de ello puede verse en la represión, por parte de la sociedad, de la propia identidad, como lo dice Elliott (1992), al articular el psicoanálisis con la teoría social.

1. VIOLENCIA E IDENTIDAD

El concepto de violencia admite distintos enfoques, pero desde ya adelantamos que nos ocuparemos de ella en lo que

¹ La deconstrucción, en el buen sentido de Derrida, “desautoriza, desconstruye, teórica y prácticamente, los axiomas hermenéuticos usuales de la identidad totalizable de la obra y de la simplicidad o individualidad de la forma. No es escepticismo ni nihilismo posmoderno” (Peñalver, 1989). Implica descomponer, des-sedimentar estructuras; comprender cómo estaba construido. No es un método especial, si se considera el método como un procedimiento técnico.

consideramos un tipo de violencia encubierta, que pasa desapercibida, como sería la violencia en que podría incurrir un analista inadvertido que desconociera lo que hace a la identidad de su analizado. Esto adquiere hoy gran importancia porque se trata de una época en la cual se reivindican, como nunca en la historia, los particularismos y las diversidades.

Berenstein (1985) denomina violencia al hecho de imponerle a otro sujeto una manera de pensar, un significado, una marca, no teniendo en cuenta lo particular y lo diferente del mismo. Trae como resultado el despojo de la identidad que es "... lo más valioso que una persona puede tener, transformándolo en un objeto inanimado...". En otro artículo, refiriéndose al mal (1995), dice el mismo autor: "La convicción es la intolerancia de lo que piensa otro, sean diferencias ideológicas, religiosas, nacionales. El paso siguiente es quitarle subjetividad, despojarlo de la cualidad de persona: el sujeto soy yo solo. De allí a la aniquilación del otro hay un paso. El mal es esa potencia que un sujeto tiene para decir que otro no es persona y es prescindible."

Dentro de esta línea, las convicciones, ideas apoyadas en los propios valores, tendrían tal grado de certeza que las hacen incuestionables. Entonces lo válido para uno pasa a ser considerado como válido para los otros, borrándose así las diferencias.

Y para nuestro pensar resulta de importancia este concepto de convicción, como un primer paso necesario en la quita de la subjetividad, porque nos preocupa cómo una "convicción" del analista en el sentido apuntado, por ejemplo en la consideración rígida en cuanto a un criterio de salud (en el caso que presentaremos referido al concepto acerca del trabajo), puede llevarlo a interpretaciones que configuren la "aniquilación" de algún aspecto de la identidad del paciente.

Planteamos las implicancias que tiene el considerar cuidadosamente la identidad del analizado, ya que desconocerla (inadvertidamente) –en función de nuestros criterios ("ideológicos") de salud y curación–, sería una manifestación de la violencia a la que nos estamos refiriendo.

Pensamos a la práctica clínica actual como la posibilidad de una relación que escape a las oposiciones binarias (de la modernidad), tales como sujeto-objeto, trabajo-juego, niño-adulto, público-privado, masculino-femenino.

En un trabajo anterior (Berenstein, S. P. de, y Grinfeld, P,

1994) mencionamos cómo –a modo de brújula– utilizamos el concepto de diversidad (caro al relativismo cultural de Levi-Strauss y a la corriente cultural posmoderna), que implica pensar la diferencia sin oposición y sin complementariedad necesaria (reconocimiento pleno del ente). Enfatizamos así la distinción entre diversidad y diferencia, lo que implica una crítica a la lógica binaria, crítica que hoy parece un imperativo cultural. Porque la diferencia, que se correlaciona con la lógica binaria, determina lo distinto en base a la contraposición y complementariedad, mientras que la diversidad, por el contrario, afirma que una cualidad en uno de los términos no implica la negación de la misma en lo diverso.

Recordamos aquí al filósofo Levinas, quien plantea que lo fundamental en el ser humano es el reconocimiento del otro. Esto parece contradecirse con las ideas de la actualidad, “posmodernas”, que consideran al hombre de nuestra época como un sujeto que se desinteresa de su semejante (individualismo, narcisismo irrestricto). Tal contradicción podría ser entendida en forma dialéctica, porque justamente lo que se reivindica en la actualidad es el derecho a expresar la identidad ², que fue desconocida por los colonialismos, por ejemplo.

2. IDEOLOGIA

Hablamos recién de nuestros criterios “ideológicos”. No nos referimos a la emergencia, en el campo del tratamiento, de la *ideología personal* del analista (sus propias convicciones en cuanto a lo político, religioso, filosófico, ético, etc.), que podría aparecer en forma grosera; ni tampoco a que la *“ideología profesional”* analítica, vehiculizada por el “yo observador-crítico”, pueda ser interferida por la primera, ocasionando obstáculos epistemológicos (Zac, 1973), ya que en general todo analista ha aprendido, por su análisis personal, a dejar de lado tales intromisiones ideológicas en su tarea. Nos referimos precisamente a la ideología psicoanalítica, que subyace y determina nuestros criterios de salud, y curación, y que de ser ella des-

² En esta línea de pensamiento Otto Kernberg (1996) es partidario de que el Psicoanálisis tendría que propender más a la diversidad y no a la uniformidad.

conocida, se constituirían en el instrumento mismo de esa violencia que estamos considerando. En esta situación la ideología se convertiría en motor del ejercicio de una violencia inadvertida.

Recordemos que Joel Zac se refería a la ideología como un sistema de representaciones o imágenes dotadas de una existencia y de una función histórica en una sociedad determinada, diferenciándose de la ciencia en que la práctica social prevalece sobre la función teórica (fase de conocimiento). Mientras que para Berenstein (1985) la ideología "... es una teoría, con un conjunto de proposiciones valorativas sostenidas como un ideal acerca de cómo debe ser la realidad. La ideología puede ocultar la realidad como arrojar ciertos índices que la ponen de manifiesto. Está investida de enorme caudal afectivo. Aspira a tener un valor de explicación general. La comunicación y el diálogo con los que sostienen una ideología distinta es difícil porque tienen significados y sentidos diferentes adjudicados a las mismas palabras."

Teniendo en cuenta lo dicho más arriba, la violencia que tratamos de caracterizar constituye un riesgo inevitable de la práctica analítica, ya que está implícita en el método y en los patrones de curación. Nos obliga a diferenciar la ideología del psicoanalista (agente de una teoría), tema tratado sistemáticamente en el campo del psicoanálisis, de la ideología implícita en el método, no tan considerada. Sabemos que los métodos resultan los instrumentos decisivos a la hora de pensar una presencia ideológica; en palabras de Lewkowicz (1997) ella "está trabajando de hecho aunque no esté declarada de derecho".

Aquí nos resultan muy esclarecedoras las ideas de Althusser (1970) quien, al referirse a las relaciones entre violencia e ideología, agrega originales conceptos a la teoría marxista. Resulta indispensable "tener en cuenta no sólo la distinción entre *poder* de Estado y *aparato* de Estado, sino también otra realidad que se manifiesta junto al aparato (represivo) de Estado, pero que no se confunde con él..." (pág. 24). Llama a esa realidad *los aparatos ideológicos de Estado*. Estos, que se presentan al observador inmediato bajo las formas de instituciones distintas y especializadas, entre ellas *la escuela y la familia*, aunque funcionan *masivamente con la ideología* como forma predominante, utilizan secundariamente, y en situaciones límite, *una represión (violencia) muy atenuada, disimulada*.

3. LA VIOLENCIA EN EL METODO PSICOANALITICO

Para el psicoanálisis, hacer pedagogía, inculcar valores, implica grave lesión a sus postulados teóricos-técnicos, y éticos. Como psicoanalistas debemos advertirnos a cada momento, porque la tentación de enseñar, educar, e infundir nuestros valores a los pacientes puede ser grande. Aunque nada menos que A. Freud (1927) pensaba –en cuanto a la teoría del análisis infantil– que en la medida en que el Superyo no estaría aún instalado en la infancia, y por ende no habría transferencia, el analista debía aportarlo desde afuera, con recursos pedagógicos, para posibilitar el análisis ulterior. Es de destacar que cuando se compara su teoría con la de M. Klein, ambas con una gran coherencia interna, y dejando de lado los aspectos que puedan corresponder a la “verdad” del conocimiento, no podemos dejar de pensar cuánto hay de valores distintos de las dos grandes autoras del psicoanálisis, en relación a la autoridad (Superyo), que determinaron sus respectivas teorías y técnicas.

Consideramos que el psicoanalista no es un “formador” en el sentido pedagógico, lo que quedó bien acuñado con aquello de que el psicoanálisis procede por vía “di levare”, y no por vía “di porre” (Freud, 1905 [1904]). Aunque no ignoramos que en la actualidad algunas concepciones psicoanalíticas, con convincentes bases teóricas, ponen en cuestión tal postulado.

La técnica del psicoanálisis, según algunos determinantes teóricos, establece una desigualdad, una asimetría, que condiciona la diferencia de potencial, el enriquecimiento de la entropía negativa, necesarios para el trabajo fecundo.

En este punto nos parece de interés mencionar que Enriquez (1989) sostiene que la institución terapéutica tiende a mantener la asimetría, de igual manera que otras instituciones (familia, escuela, ejército, etc.). “Ella también coloca de un lado a los médicos, enfermeros, educadores, *analistas* [destacado nuestro], formadores, poseedores de técnicas más o menos sofisticadas, y de otro a los ‘clientes’, que en primera instancia podrían definirse como objeto de esas técnicas. En las instituciones que toman por la fuerza al individuo y le asignan un lugar que él no pidió nunca (el niño no elige a su familia, ni el alumno a la escuela, ni el soldado a su ejército), las relaciones son asimétricas *sólo por un tiempo*, ya que el niño puede llegar a ser padre, el alumno

maestro, el soldado comandante. En cambio no sucede lo mismo en el caso de las instituciones terapéuticas, ya que en éstas (se trate de instituciones hospitalarias, etc.) la relación asimétrica es permanente, y los individuos atendidos nunca llegarán a ser miembros activos de estas instituciones.” (pág. 93).

A veces se afirma –pensamos en forma tendenciosa– que el encuadre psicoanalítico, verdadera “institución terapéutica” al decir de Bleger (1967), perpetúa la relación de dependencia asimétrica. Sin embargo esta relación es asimétrica sólo por un tiempo, puesto que el paciente, al lograr el desarrollo de la función psicoanalítica de su personalidad, por ejemplo, y con ello el fin del análisis, alcanza *desde esta perspectiva* una posición simétrica con la del analista. La Institución Psicoanalítica –en el sentido restringido quizás de enseñanza y formación de psicoanalistas– se asemejaría a las instituciones no terapéuticas mencionadas, ya que cumplido el análisis didáctico el candidato deviene analista, es decir miembro activo de la institución.

El tan mentado tema de la asimetría en un tratamiento requiere entonces una cuidadosa especificación epistemológica. No considerarlo así conlleva el riesgo de establecer confusiones tendenciosas (“amalgamas”). Es claro que, en el caso del tratamiento psicoanalítico, mantener una “tal” asimetría implicaría el ejercicio de una violencia; porque es evidente que de la desigualdad deriva la posibilidad de *una relación de violencia*. Ya lo señaló Emile Durkheim (1924) a principios de este siglo, al sostener cómo en razón de una “ley general”, los representantes de una “cultura superior” se creen autorizados a violentar la “cultura inferior”. Más recientemente Todorov (1982) se pronunció en igual forma.

Fácil es deducir que también el *lugar del saber*, en que es colocado el psicoanalista, puede canalizar la violencia. Portador de un discurso privilegiado, puede apropiarse en forma abusiva de la necesidad que él implica para el analizado. Tal lo señala el modelo propuesto por Piera Castoriadis-Aulagnier (1975), para quien el desencuentro de los discursos, expresión de la *ausencia de un presupuesto compartido*, condiciona una interpretación ejercida desde un saber que se presume superior.³

³ En relación a la transferencia, utilizado el término en su sentido amplio, pensamos que ella se establece en toda relación en que un sujeto coloca a otro en la situación del que detenta

Para Foucault (1969), la *verdad* es un efecto de las reglas discursivas y prácticas, el discurso “es un sistema de posibilidades para el conocimiento, el proceder práctico, y el poder... Aún cuando se afirme lo contrario, la voluntad de conocimiento no puede ser separada de la voluntad de poder; el poder trata de ‘vendernos’ la apariencia de lo objetivo”. Según este autor la verdadera ideología se tramita no tanto en los objetivos sino en la metodología aplicada. El saber implica el conocimiento en el sentido de la pasión por la información, y quien detenta esta última tiene poder. Recordemos aquí que el “know how” (la experiencia, los afectos implicados, el saber del quehacer cotidiano) debe diferenciarse del conocimiento, científico, disciplinado.

Dijimos ya (1996) que –en tanto psicoanalistas– somos conscientes de jugar un singular papel en generar categorías de identidad, y estándares de normalidad y salud, especialmente en lo que hace a prácticas de la sexualidad, crianza de los niños y cuestiones de género.⁴ Y que debemos admitir con valentía que corremos el riesgo de incluir en tales estándares ‘normalizadores’ nuestras propias tendencias, identidades o pulsiones. Ello porque las diferencias en cuanto a los valores, que se correlacionan fácilmente con el prejuicio, encuentran basamento en las dificultades para acercarse al semejante, más aún a lo que denominamos desde ahora lo ajeno del otro.

“Una de las importantes lecciones para el psicoanálisis, tanto del posmodernismo como del feminismo, es que el acercamiento al tratamiento clínico no puede ser político o socialmente neutral. El conocimiento que informa sus prácticas, como todo conocimiento, contiene trazas de las relaciones de poder que circulan a través de él.

el saber. Como dice Haddad (1990), los discursos, las ideologías, se diferencian entre sí por el tratamiento que le dan a la cuestión de cómo el otro queda puesto en esa posición del saber. “El tirano se esforzará por aumentar el engaño y perpetuarlo”. Precisamente la singularidad psicoanalítica consiste en haber reconocido la naturaleza erótica de la transferencia, la cual debe ser disuelta “al final del trayecto de una relación de engaño alienante.” Pág. 224.

⁴ Nuevamente, como en la Viena del 900, el Psicoanálisis parece dar de bruces con la sociedad, lo que plantea las cosas en el terreno de la ideología. Determinar dónde reside la salud mental conlleva una ideología. Así, por ejemplo, nos encontramos con el caso, muy remanido en la actualidad, de que nosotros como psicoanalistas decimos que la salud mental reside en la constitución de la pareja heterosexual, y (parte de) la sociedad lo cuestiona.

Nuestro discurso psicoanalítico acerca de la enfermedad y la salud puede ser cuestionado en un sentido ontológico o esencialista en la medida en que ciertos criterios –por ejemplo el relativo a la crianza de los niños– como dijimos antes pueden resultar efecto de una subjetividad constituida por este propio discurso. Como psicoanalistas tendemos a creer en la existencia de un individuo con rasgos ciertamente ‘naturales’, ‘universales’, o ‘verdaderos’. Pero tales criterios podrían no existir de acuerdo a otros discursos” (Pág. 62).⁵

4. ILUSTRACION CLINICA

Mercedes⁶ había consultado por intensos conflictos matrimoniales, por los cuales la pareja ya hacía un tratamiento. Católica y perteneciente a la alta clase terrateniente de un país vecino, se había casado, pese a las consiguientes protestas de las respectivas familias, con David. Este, que había renunciado a la ortodoxia judía, abandonando sus estudios rabínicos, contaba con el título profesional de contador, que le aseguraba importantes ingresos económicos.

Entre los varios reproches que David hacía a su mujer, el principal era que no trabajaba; sostenía que ella se había casado por el interés en su dinero. Mercedes, a su vez, se negaba a tal solicitud del marido, alegando diversos motivos para ello: el cuidado del único hijo de ambos, la excelente posición económica que, a su juicio, tornaba innecesario un trabajo por parte de ella, la dirección del hogar, etc. De acuerdo a lo que pensamos, auténticas racionalizaciones que encubrían la búsqueda de un aspecto de su identidad. En cierto sentido Mercedes y David eran

⁵ Cao y Slavsky (1997) realizan una interesante crítica a los discursos sobre la violencia (física). Se refieren a cierto discurso profesional “que tiende a legitimizar, a través de rotulaciones tales como el de ‘violento’, o ‘la familia violenta’, la culpabilización del sujeto individual o de la familia como responsables básicos de los hechos de violencia”, con lo cual se relativizan los factores que resultan del contexto cultural, ambiental. Consideran así el tema de las nuevas formas de medicalización de estas cuestiones (sociales) mencionando también a Foucault, quien “alertaba sobre el riesgo de que los profesionales se transformaran en “ingenieros de la conducta”.

⁶ Dejamos de lado –obviamente– en esta escueta presentación innumerables aspectos de la vida anímica de la paciente, para destacar lo que hace al interés de este trabajo.

dos “renegados” que habían establecido una alianza basada en el resentimiento común.

Mercedes, era una desclasada, lo que dirimía en situaciones externas. Confundida acerca de su identidad social, traía con insistencia un material analítico en el que el objeto de sus preocupaciones e intereses era aquello que atañe a los “propietarios, de más de 30.000 has, de tierra” (Sociedad Rural), y el tema de la herencia, dado que era evidente que necesitaba elaborar lo referente a sus antecesores. Aunque ella en cierto sentido respetaba al analista por ser alguien que “se gana la vida con su trabajo”, en su interior se identificaba con los “oligarcas, preocupados por quién hereda a quién”. Resentida por la exclusión de su clase, tenía recuerdos a venerar, con ambivalencia (“vajilla muy fina, juegos de café y té de porcelana y peltre, valiosos objetos de arte”). Ello, por cierto, era objeto de burlas por parte de David, que llegaba a enfurecerse, y no perdía ocasión para romper tales objetos-símbolos.

La paciente, que a través de su matrimonio había renegado –como dijimos– de su condición social, y se había excluido de ella, expresaba su agresión al permitir que su marido e hijo jugaran al “fútbol” en el living y rompieran así la valiosa vajilla de los antepasados. Aunque conscientemente se lamentaba de la pérdida de las valiosas piezas artísticas, racionalizaba (ambivalencia) su hostilidad diciendo que se debía “dejar en libertad de acción para que padre e hijo jueguen”. Justamente expresaba así su gran resentimiento hacia los antepasados, o a lo que éstos le habían transmitido. Es de destacar que David había ubicado proyectivamente en su mujer un Ideal del Yo, en cuanto a posición social (que no se correspondía con su familia de origen), posición que, por otra parte, despertaba su intensa envidia.

Se podría considerar la marcada admiración de Mercedes por todo lo que implicaba un toque distinguido como una expresión de snobismo, pero en realidad lo que parecía tal constituye el resultado de identificaciones con valores y costumbres familiares y sociales.

En una oportunidad relató que en su moderno departamento, y siguiendo la moda actual, había instalado una costosa y antigua araña de luces, incluyendo en la misma “restos de caireles de la araña de la mansión señorial de sus abuelos”.

Consideramos que tal detalle expresa dos cosas: por un lado la

elaboración de la pérdida, en lo que se refiere a la muerte, especialmente de la abuela (Freud, 1917 [1915]), y por otro la recuperación (rescate) de un valor referido al tronco familiar, a su identidad. Esta recuperación, a su vez, estaba relacionada con la elaboración mencionada.

Otros elementos a considerar se referían a que el padre –albacea de una tía poseedora de una gran fortuna–, había logrado un testamento aparentemente en favor de Mercedes, pero que en realidad era para su propio beneficio económico.

Mercedes no quería trabajar y ganar dinero, e indudablemente se sentía mejor al no hacerlo (y no por razones de pereza, como sus otras y múltiples actividades lo atestiguaban), lo cual se había constituido en el punto álgido del conflicto matrimonial. El analista le decía que parecía que ella no se sentía entendida por los demás (y de hecho ocurría así, al no haber un mundo compartido en cuanto al valor del trabajo). El ir haciendo consciente tal situación, permitió también a David entender que se trataba de una cuestión de valores, y disminuir así su confusión. El “trabajo” (interno) que Mercedes debía realizar se refería a respetar sus propios valores, de su clase social, de los cuales había renegado y recuperar así aspectos de su identidad.

El análisis de las constelaciones familiares llevaba a considerar que el hecho de haberse casado con un hombre adinerado le permitía recuperar aspectos de la infancia a la par que le daba seguridad, e implicaba un acercamiento especialmente a la figura de la madre, quien había sido una persona muy adinerada (Edipo atípico).

Si bien su casamiento parecía haberse realizado por el interés monetario, empezaron a visualizarse muchos otros determinantes afectivos, “positivos”, como la admiración por la capacidad profesional de su esposo y su facilidad para obtener buenos ingresos. Si desde “la moral y las buenas costumbres” un “casamiento interesado” resultaría “negativo”, Mercedes, como dijimos, por otro lado reconstituía su infancia y su identidad.

A propósito de tal afanosa búsqueda de la identidad podríamos pensar que la misma fue uno de los motivos para su unión con David, un judío quien, como tal, y más allá de sus conflictos, poseía una fuerte identidad.

5. COMENTARIOS ACERCA DEL CASO

Para esta mujer, de clase aristocrática, su negativa a trabajar parecía corresponder a la necesidad de conservar algunos aspectos de su identidad social. Creemos que un perfil así muestra cómo el proceder de un analista, que no tome en cuenta ciertos aspectos de la identidad, puede llevarlo a entender en una forma –diríamos– convencional, de acuerdo a criterios terapéuticos (ideológicos) comunes, y no llegar así a la “verdad” del paciente, que en este sentido sería mal entendido (no comprendido).

Huelga decir que las interpretaciones dirigidas a considerar su conducta como neurótica (“fieles” al método, “clichés”), hechas durante un buen período del análisis, después de despertar las lógicas protestas al identificar en la transferencia al analista con el marido, la dejaban indiferente, o como dijimos, con un sentimiento de no ser entendida. Lo aclaramos aquí para que no pueda suponerse una *convicción* del analista, en tal caso expresión propia de la ideología que venimos señalando. Esta situación fue corroborada repetidas veces, ya que se trataba de un caso discutido con frecuencia en un grupo de colegas.

Liberman (1983)⁷ consideraba que si en una paciente así, el analista –perturbado por una ideología personal, o con una *convicción* en cuanto a criterios psicoanalíticos– tiende a desvalorizarla y a interpretar su negativa a trabajar como manifestación de la neurosis, la paciente puede sentirse no comprendida en su necesidad de recuperar lo que le es propio (su singularidad). Es aquí donde nosotros decimos que sería objeto de la violencia que nos ocupa. La importancia dada al trabajo sabemos resulta de una apreciación arraigada en una ideología burguesa, y no corresponde a las pautas de la clase social de la paciente; pautas que la llevaban en ocasiones a lo que impresionaba como dilapidación de dinero. En el caso de Mercedes hay pues que ser muy cautos en la evaluación clínica de su negativa a trabajar.

Somos conscientes de “hacer cierta cuestión” con estas meta-reflexiones.

La teoría psicoanalítica, que teorizó el mundo vienes sexual reprimido, no puede teorizar el mundo actual, también reprimido,

⁷ Parte de nuestras consideraciones se basan en ideas discutidas en 1983 en un Grupo de Estudios coordinado por el Dr. David Liberman.

porque el operador de represión, que eran las representaciones sociales, varió de una situación a la otra. Sería un anacronismo no considerarlo así. El Psicoanálisis, podríamos decir, teorizó el conflicto, sí, pero sin tener en cuenta que se trataba de un tipo histórico de conflicto. Así suponemos que el conflicto es una invariante histórica; lo que cambia con la historia son los contenidos del mismo, y éstos *dependen de las significaciones sociales o instituciones que lo estructuran*.⁸

No trabajar, que desde lo convencional y desde la ética es condenable, en el caso de Mercedes indica lo positivo, ya que implica la recuperación de una identidad perdida, en la cual las mujeres de su clase social son mantenidas por sus maridos. Entonces un prejuicio, “ético” podríamos llamarlo, puede perturbar la comprensión del analista. Ya Freud (1918 [1914]) reconoció en el trabajo sobre el hombre de los lobos *su dificultad* para identificarse con los valores distintos (cultura) del joven aristócrata ruso.⁹

Otro ejemplo ilustrativo de lo que estamos planteando está dado por el caso de un médico, portador de un apellido tradicional de la sociedad argentina (fundadores del país y poseedores de la tierra), que consultaba esencialmente por sus problemas vocacionales. Este paciente, que parecía padecer de una neurosis de fracaso, expresión del complejo de castración, como motivo de sus dificultades (inhibiciones) para el ejercicio de la profesión *médica, sufría en realidad de lo que podríamos denominar una identidad contrariada*.

Llegamos a considerar que quizás ese paciente no debía ser médico, y que el esperarlo resultaría una expresión de “nuestra ideología psicoanalítica”, burguesa en el sentido de una valoración del trabajo. Con espíritu parecido, en un trabajo que despertó mucho interés, Giuliana Dellarossa (1977) consideró la perte-

⁸ En la medida en que hoy tenemos *otras* representaciones sociales, sobre las cuales, además, se teoriza, resulta que la teoría psicoanalítica (y la técnica basada en ella) no parece adecuarse a la praxis. Cuando hoy hablamos del trabajo por ejemplo, éste empieza a tener otra valoración que en la época de Freud, donde el *homo trabajador* era un constructo correspondiente a la teoría de Max Weber (1930). Se ha modificado sin duda, de hecho, ese tercer nivel, el de la praxis, de la cura, que tan prolijamente define Althusser (1964) en toda disciplina científica.

⁹ “...Ciertas peculiaridades personales, un carácter nacional ajeno al nuestro, volvieron trabajosa la empatía...” (pág. 95).

nencia social en lo que se refiere a la vocación e identidad del “profesional en tanto descendiente de inmigrantes”.

Desde luego que es fundamental discernir si una identidad “aristocrática” (Mercedes)¹⁰, o lo que aparentemente puede ser una equivocación vocacional, se vincula con el adecuado manejo de la realidad o si tiene que ver con el funcionamiento psicótico (Bion, 1957, Bleger, 1967, Berenstein, 1985). Sólo en el primer caso podríamos considerar que no reconocerlo puede implicar un “ataque” a la subjetividad, verdadera violencia ejercida en tal caso por el analista.

6. CONSIDERACIONES FINALES

Esta forma de violencia inadvertida que consiste en desconocer lo que hace a la identidad, nos lleva a la necesidad de destacar la importancia de diferenciar cuidadosamente la interpretación de un síntoma neurótico, o psicótico, de lo que implica un ataque a la subjetividad constitutiva. Importa, en suma, el discernir cuándo una “rareza” es expresión patológica, o forma parte de, o es compatible, con la identidad.

La patología se mide por la distancia que tiene el caso con el modelo que se considere normal, lo cual ya nos indica la relatividad intrínseca. Un psicoanalista “dogmático” consideraría así lo patológico. Posición contraria a la del Relativismo Cultural, para quien –en un exceso abusivo según pensamos– no existiría la patología, ya que “todo resulta válido” (hacemos la salvedad que nos referimos siempre al tema de los aspectos vinculados a la identidad). El riesgo de aceptar así el criterio de respeto por la diversidad, el “todo vale”, sería no distinguir la enfermedad. De ahí que para sortear estos Escilas y Caribdis consideramos una patología específica, no respecto de un modelo supuesto de normalidad, sino cuando se configura como una zona de sufrimiento. Mercedes sufría, y por eso la razón de su análisis.

Insistimos entonces en no considerar como patológico un rasgo que corresponde a la identidad (en nuestro ejemplo el no trabajar para ganar dinero), lo que por cierto no implica desconocer la existencia de otros aspectos patológicos de la paciente. Lo

¹⁰ Obviamente no se trata en este caso de un “carácter aristocrático” (Reich, 1933).

que destacamos es que cada sujeto, con su singular identidad, puede tener un sufrimiento que es el que justifica la consulta y el tratamiento. El trabajo analítico se complejiza, se vuelve más fino, ya que se hace necesario detectar la patología de lo aparentemente patológico.

La identidad de un paciente no puede ser conocida o supuesta con anterioridad por el analista; éste debe descubrirla en el curso del análisis. Asignar al paciente una identidad de entrada, desconocer la propia, es precisamente expresión de la violencia que nos ocupa. Y hay una identidad supuesta en los patrones de curación. Por eso postulamos que éstos deben construirse “a medida”, la curación depende de la identidad singular. Fue a propósito de tales pacientes que pensamos que lo que interpretábamos de acuerdo a nuestros criterios psicoanalíticos podía vulnerar la individualidad de la persona. Que podían tal vez cuestionarse nuestros mismos criterios, o que había que ser muy cautos para no dejarnos influir por nuestros prejuicios, los “psicoanalíticos” especialmente. Estos últimos son justamente los que resultan objeto principal de nuestra preocupación, ya que son los que requieren una “deconstrucción” en el sentido de Derrida, o los que dan crédito a las concepciones de Foucault.

Es entonces dentro de las conceptos precedentes donde nos ubicamos para considerar esa individualidad de *cada uno* de nuestros pacientes, esa individualidad cuyo desconocimiento implica a nuestro entender el ejercicio de una violencia. En suma, procederíamos ciegamente, anacrónicos, si pretendiéramos quedarnos aferrados a esquemas aprendidos que no consideran esa variación de las significaciones sociales, esquemas que parecen corresponder a un orden “natural”.

El respeto de la individualidad constituye una forma precisamente del respeto de los derechos humanos. Parafraseando a Berman (1996)¹¹, el ejercicio de la violencia que nos preocupa sería una forma de contribuir a ese “desvanecimiento” de los derechos humanos, que parece darse, contradictoriamente, en estas épocas de reivindicación de los mismos. Nosotros como analistas propendemos a crear un máximo de espacio para la expresión y el crecimiento personal.

¹¹ Para este autor los derechos humanos constituyen una característica de lo que significa “ser moderno”, de acuerdo a la noción de modernidad que desarrolla en su libro *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire* (1982).

Por cierto que el tema de los valores en el ejercicio de nuestra práctica no puede ser dejado de lado, e implícitamente ya nos hemos referido al mismo. Para Klauber (1981), autor de nuestro primer epígrafe, "... el individuo (psicoanalista o paciente) aprecia y procura conservar sus sistemas de valores porque éstos reflejan los intentos de ajuste del Yo y del Ideal del Yo a aquellos arreglos establecidos entre la pulsión y la defensa primitiva que han adquirido una estructura permanente. *Dichos ideales pueden asumir formas compatibles o incompatibles con los ideales de determinados psicoanalistas: propensiones a la austeridad o bien al lujo, a la aceptación o a la no aceptación de estándares comúnmente respetados en materia de elección de trabajo, a aun de vestimenta, que podrían ser tratados como síntomas por un psicoanalista, y con tolerancia por otro...*" [destacado nuestro].

Sabemos que en la práctica es difícil que el sistema de valores del psicoanalista no se conmueva ante el planteamiento de temas decisivos, pero, a diferencia de Klauber, pensamos que no se trata de una cuestión de tolerancia de los ideales del paciente (ello va de suyo), sino que precisamente implicamos la necesidad del entendimiento psicoanalítico acabado de ese ideal, como en el caso de nuestro ejemplo, donde resultaba constitutivo de un importante aspecto de la identidad. En nuestra opinión es fundamental diferenciar la resistencia del paciente de su discrepancia con el analista basada en la sensación de no estar siendo bien entendido (y, decimos nosotros, ser así objeto de una violencia). Es especialmente el paciente esquizoide quien identifica muy claramente tal falta de entendimiento por parte del analista con la violencia (Grinfeld, 1982).

A modo de cierre, sostenemos que como psicoanalistas no podemos escapar al mundo en que vivimos; no creemos que ello favorezca a nuestra disciplina. Como dice Weinberg (1997), "la concepción del mundo en una época no es tan sólo una cuestión teórica, sino que además afecta a la vida cotidiana de los seres humanos."

Insistimos en que hoy estamos ante la irrupción de nuevos conocimientos, conmovidos por una profunda revolución científica y tecnológica que imprime sus marcas en la sociedad. En este sentido, y con una expresión de Paul Ricoeur –tomada por el autor mencionado anteriormente– podríamos decir que el nuevo milenio "nos encuentra desamparados en una especie de intem-

perie ideológica y axiológica que, en parte, caracteriza la actual situación de crisis, aunque por sí sola no la explique”.

Tengamos en cuenta que muchos consideran al Psicoanálisis como una verdadera cosmovisión, y en cierto sentido quizás sea cierto que se ha transformado en tal, aunque su creador se resistía a ello al considerar a su obra dentro del campo de la ciencia y no por cierto como un sistema ideológico-filosófico, y menos aún cerrado.

Es de interés destacar que en el curso del siglo que pasó el Psicoanálisis ha considerado su propia (y a nuestro juicio profunda) influencia en distintas ramas de la cultura, pero que, en general, no ha estudiado la influencia de esta última en el psicoanálisis mismo. En trabajos anteriores ya nos hemos referido a cómo nuestra disciplina científica no escapa a las influencias de la cultura. En esa misma concepción está basado el presente trabajo.

RESUMEN

En este trabajo consideramos cómo puede desarrollarse un tipo particular de violencia, a la que denominamos “encubierta”. Nos referimos a la violencia en que podría incurrir un analista inadvertido que desconociera lo que hace a ciertos aspectos de la identidad de su analizado. Esto adquiere hoy gran importancia porque se trata de una época en la cual se reivindican, como nunca en la historia, los particularismos y las diversidades. El lugar del saber en que se coloca al psicoanalista puede canalizar la violencia. Portador de un discurso privilegiado, éste puede transformarse en un instrumento de poder sobre su analizado.

Planteamos el considerar cuidadosamente la identidad del analizado, ya que desconocerla inadvertidamente –en función de nuestros criterios (“ideológicos”) de salud y curación– sería la manifestación de la forma de violencia que nos ocupa.

Nos interesa así una particular forma de violencia en el proceder analítico, vinculada a la imposición de una ideología, aunque no se trata de la ideología personal del analista (sus modos de pensar en cuanto a lo político, religioso, filosófico, ético, etc.), lo que podría aparecer en

forma grosera, sino de *la imposición de una ideología implícita en el método mismo*.

El tema del sistema de valores, tanto del psicoanalista como del paciente, que el individuo procura conservar, campea en el trabajo.

Con esta postura nos queremos alejar tanto de la posición dogmática, que proporciona a priori unos patrones de curación para el paciente cualquiera, como de una concepción que muchos, muy rápidamente, tildarían de relativismo cultural (nihilista) posmoderno, donde no habrían parámetros de salud mental.

Se ejemplifica con el caso de una mujer que, a través de su matrimonio, había renegado de su condición social "aristocrática". Por otra parte se negaba obstinadamente a los requerimientos del marido de que trabajara.

SUMMARY

This paper considers the development of a certain type of violence that we denominate "hider violence". We refer to that kind of violence possibly exercised by an analyst that wouldn't notice certain aspects of his patient's identity. Nowadays, when our society claims like never before particularism and diversity, this matter becomes a one of big importance. The roll that the analyst receives because of the possession of his "knowledge" can canalize violence. This privileged discourse of the analyst, could become a power instrument in relation with his patient.

We state that the patient identity must be carefully considered by the analyst, because to unknown it –unadvertencely, because of our ideological patterns of health and cure– would be the violence manifestation we are referring to.

We are interested in a particular kind of violence during the analytical procedure, linked to an ideological imposition, although it wouldn't be the analyst personal ideology (political, religious ethical) but an implicit one in the method itself.

Our aim is, following this arguments, to be as far as we can from both a dogmatic position (with it's same curation patterns for every patient) and a cultural relativism conception (almost nihilist and posmodern) where they weren't mental health patterns.

The theme of the values system, shared by the analyst and the patient, which the human being tries to mantain, is included, in an implicit way, in this paper.

The case of a woman that had lost her “aristocratic” social condition because of her marriage, brings the example. On the other hand she didn’t follow his husband’s requirements for finding a job.

RESUME

Dans ce travail nous considérons de quelle façon peut se développer un type particulier de violence, que nous appellons “recelé”. Nous nous référons à la violence dans laquelle pourrait tomber un analyste inattentif qui méconnaîtrait ce qui a rapport à qu’il fait certains aspects de l’identité de son patient. Ceci devient important de nos jours, étant donné qu’il s’agit d’une époque dans laquelle les particularismes et les diversités sont revendiqués, comme il n’est arrivé jamais auparavant. La place que l’on assigne l’analyste, celle du savoir, peut canaliser la violence. Porteur d’un discours privilégié, il peut devenir un instrument de pouvoir sur son analysant.

Nous proposons de considérer soigneusement l’identité de l’analysant, car le fait de la connaître de façon inattentive –en raison de nos critères (‘idéologiques’) de santé et de cure– serait la manifestation de la forme de violence qui nous occupe.

Il nous intéresse donc une forme de violence dans la procédure analytique, liée à l’imposition d’une idéologie. Mais ne s’agit pas de l’idéologie personnelle de l’analyste (ses pensées politiques, religieuses, philosophiques, éthiques, ectécera), ce qui pourrait apparaître grossièrement, mais de l’imposition d’une idéologie implicite dans la méthode même.

Le thème du système de valeurs, que ce soit du psychanalyste ou du patient que l’individu procure conserver, apparaît dans le travail. Avec cette posture nous voulons nous éloigner aussi bien de la position dogmatique, qui apporte a priori des patrons de cure pour un patient quelconque, que d’une conception que beaucoup, très rapidement, jugeraient de relativisme culturel (nihiliste) posmoderne, où il n’y aurait pas de paramètres de santé mentale.

Nous exemplifions avec le cas d’une femme qui, par le moyen de son mariage, avait renié de sa condition sociale “aristocratique”. D’autre part, elle rejetait obstinément de travailler, tel que son mari lui demandait.

BIBLIOGRAFIA

- ALTHUSSER, L. (1964). *Freud y Lacan*, Bs.As., Nueva Visión, 1988.
- (1970). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Bs.As., Nueva Visión, 1988.
- BERENSTEIN, I. (1985). Comentario de la nota "Cartas que pudieron ser escritas", Diario *Nueva Zion*, Bs.As., 1985.
- (1995). Pasa el tiempo y la bomba sigue explotando. *Página 12*, Bs. As., 9 de julio de 1995.
- BERENSTEIN, S. P. DE, Y GRINFELD, P. (1994). Algunas consideraciones acerca de la identidad sexual en la actualidad. XX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, Lima, 1994. Publicado en *Psicoanálisis ApdeBA*, 19: 371, 1997.
- (1996). Un acercamiento al psicoanálisis de la sexualidad en la Posmodernidad. XVIII Simposio y Congreso Interno, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, *Actas*, 1996.
- BERMAN, M. (1982). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. España, Siglo Veintiuno, 1982.
- (1996). Los derechos humanos en la posmodernidad. Entrevista por Marta Lopez Gil, *La Nación*, Bs.As., 13 de octubre de 1996.
- BION, W. R. (1957). Differentiation of the psychotic from the non-psychotic personalities. *International Journal of Psycho-Analysis*, 38: 266-275.
- BLEGER, J. (1967). *Simbiosis y ambigüedad. Estudio psicoanalítico*. Cap. VI, pág. 238, Bs. As., Paidós, 1967.
- CAO, J. L., Y SLAVSKY, D. (1997). El marginal sostiene al incluido. *Página 12*, Bs.As., 13 de febrero de 1997.
- CASTORIADIS-AULAGNIER, P. (1975). *La Violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Bs.As., Amorrortu, 1977.
- DERRIDA, J. (1987). *La Desconstrucción en las fronteras de la filosofía. La retirada de la metáfora*. Universidad Autónoma de Barcelona, Paidós, ICE, 1989.
- DELLAROSSA, G. (1977). "El profesional en tanto descendiente de inmigrantes". *Psicoanálisis APdeBA*, 1: 221-244, 1979.
- DURKHEIM, E. (1924). *La Educación Moral*. Bs.As., Losada, 1947. Citado por Jean C. Filloux en *Durkheim y la Educación*. Bs.As., Miño y Dávila editores, 1994.
- ELLIOTT, A. (1992). Teoría Social y Psicoanálisis. En *Transición. Sujeto y Sociedad, de Freud a Kristeva*. Bs.As., Amorrortu, 1995.
- ENRIQUEZ, E. (1989). El trabajo de la muerte en las instituciones. En

- Kaës, R. y col., *La institución y las instituciones. Estudios psicoanalíticos*. Capítulo 3, Bs.As., Paidós, 1989.
- FREUD, A. (1927). *Psicoanálisis del niño*. Bs.As., Paidós, 1977.
- FREUD, S. (1905 [1904]). Sobre psicoterapia. Buenos Aires, Amorrortu (AE), 7: 243-257.
- (1917 [1915]). Duelo y melancolía. AE, 14:235-256.
- (1918 [1914]). De la historia de una neurosis infantil. AE 17:1-111.
- (1919 [1918]). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. AE 17: 151-163.
- FOUCAULT, M. (1969). *La Arqueología del saber*. México, Siglo Veintiuno editores, 1985.
- (1982). *El poder: Cuatro conferencias*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1989.
- GRINFELD, P. (1982). "Sobre los aspectos intelectuales de la interpretación psicoanalítica". *Psicoanálisis APDeBA*, 6: 143-175, 1984.
- HADDAD, G. (1990). *El hijo ilegítimo. Fuentes talmúdicas del psicoanálisis*. Bs.As., Ediciones de la Flor, 1996.
- KERNBERG, O. (1996). La crisis actual del psicoanálisis: desafíos y perspectivas. Informe de la Comisión de la Casa de Delegados, IPA, 1996.
- KLAUBER, J. (1981). *Dificultades en el encuentro analítico*. Bs.As., Paidós, 1991.
- KUHN, TH. S. (1962). *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. Mexico, F.C.E., 1980.
- LEWKOWICZ, I. (1997). Comunicación personal.
- LIBERMAN, D. (1983). Comunicación personal.
- LYOTARD, J. F. (1979). *La condición posmoderna*. Madrid, Cátedra, 1987.
- LIPOVETSKY, G. (1983). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, Anagrama, 1986.
- PEÑALVER, P. (1989). Introducción a Jacques Derrida, en *La desconstrucción en las fronteras de la filosofía. La retirada de la metáfora*. Universidad Autónoma de Barcelona, Paidós, I.C.E., 1989.
- REICH, W. (1933). *Análisis del carácter*. Buenos Aires, Paidós, 1965.
- TODOROV, T. (1982). *La conquista de América. El problema del otro*. Mexico, Siglo veintiuno editores, 1992.
- WEBER, M. (1930) *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Londres: Allen and Unwin, 1930.
- WEINBERG, G. (1997). Cosmovisiones, *La Nación*, Buenos Aires, 30 de marzo de 1997.
- ZAC, J. (1973). "Aportes al estudio de las relaciones entre teoría, técnica e ideología en psicoanálisis". *Revista de Psicoanál*, 30: 2, 1973.

SARA P. DE BERENSTEIN Y PABLO GRINFELD

Descriptores: Caso clínico. Ideología. Poder. Psicoanalista.
Violencia.

Sara P. de Berenstein
República de la India 2921, 10°
1425 Buenos Aires
Argentina

Pablo Grinfeld
Juncal 3150, 9° "A"
1425 Buenos Aires
Argentina